



Trabajar y determinarse y disponerse ... a hacer su voluntad conforme con la de Dios

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Santa Teresa, no solo escribe sobre la conformidad con la voluntad de Dios, sino que lo vive en su vida: tanto cuando estuvo enferma (Vida 5,8), como en otros muchos grandes trabajos que describe, la voluntad de la Santa estaba siempre conforme con la de Dios, como nos anima San Ignacio en su Libro de los Ejercicios. Esta conformidad, este buscar y hallar siempre la voluntad de Dios, va a ser uno de los postulados de su doctrina. En todo lo que hacía o le sucedía, la Santa se rendía por entero a lo que Dios quisiera: «¿qué mandáis hacer de mí?» (Poesías 2). Para Santa Teresa hacer la voluntad de Dios es acoger lo que Él nos da, que siempre será lo mejor y lo que más nos conviene. Él lo sabe, no lo dudemos. Para aceptar lo que Él quiera hacemos los ejercicios.

«Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene; no hay para qué le aconsejar lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir, que no sabemos lo que pedimos» (2Moradas 1,8).

Ahora, con la ayuda de Dios, es el momento de poner firmes nuestros propósitos para seguir de nuevo con los quehaceres de cada día, con sus prisas, sus penas, sus alegrías, etc. Cada uno debe hacer los propósitos, porque no se los puede hacer nadie, solo sabe bien cada cual lo que necesita reformar en su vida y de lo que necesita hacer propósitos para trabajar en adelante y poder mejorar. El refranero castellano dice que: «*el que mucho abarca poco aprieta*». No se trata de hacer muchos propósitos, sino, más bien pocos ... y **determinarse** a ellos.

[...] Dice San Ignacio, (E.E. nº 1): «*Por este nombre de ejercicios espirituales se entiende todo modo de preparar y disponer el alma para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitarlas buscar y hallar la voluntad divina*». Hemos venido a ejercicios para buscar y hacer siempre lo que Dios quiere, buscar y hallar la voluntad de Dios. Dice la Santa que está en nuestra mano si queremos, y es por lo que debemos luchar.

«¿Qué pensáis, que es voluntad de Dios? Que seamos del todo perfectos: daos cuenta de lo que nos falta. Basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo, que nos enseñase el camino. No penséis que está la cosa en si se muere mi padre o hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios que no lo sienta; y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y a las veces consiste en discreción, porque no podemos más, y hacemos de la necesidad virtud. Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él. Su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está, si queremos» (5Moradas 3,7).



a) Dios quiere que seamos santos. Esta es su voluntad. Hay que buscarla en todo lo que nos rodea, en todo lo que Dios pone en nuestra vida para santificarnos. Incluso nos lo manda: «*Sed santos, porque yo, Yahvé, soy santo*» (Lev 19,2). «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48). Y San Pablo, conociendo este mandato del Señor también lo aconseja: «*Dios nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos*» (EF 1,4). Y la Santa dice que podríamos serlo si nos esforzamos.

«Dicen: "¡no somos santos!"... Mirad que, aunque no lo somos, es gran bien pensar, si nos esforzamos, lo podríamos ser, dándonos Dios la mano; y no hayáis miedo que quede por Él, si no queda por nosotras» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 16,11).

b) La santidad es para todos. Hay una idea bastante extendida de que la santidad no es para todos, tan solo para unos pocos. Quizás sea por falta de interés sobre el tema, o por falta de conocimiento, o peor aún, por falta de fe y de esperanza [...]. Lo más grave de la historia de la Iglesia, hoy y siempre, no son las persecuciones, ni los escándalos que se hayan podido dar dentro de ella, ni la falta de vocaciones consagradas, ni el que asistan pocos a misa, sino, el que no nos acabemos de creer de verdad que **estamos llamados a ser santos**, que podemos, y debemos intentarlo.

El Papa Juan Pablo II, especialista en santos, cuenta por experiencia propia: «*Doy gracias al Señor que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos, y entre ellos a muchos laicos, que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Ahora es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este "alto grado" de la vida cristiana ordinaria*»¹.

Pocas verdades han sido proclamadas por la Iglesia de manera tan solemne y repetitiva como el llamamiento universal a la santidad. Si un cristiano no está convencido de esto, va por un camino equivocado que no le lleva a ninguna parte. Dice el Vaticano II: «*Toda la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad según aquello del Apóstol: "Porque es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (1 Tes 4,3)*»². La santidad es posible, si no, Jesucristo no nos lo pediría. La Santa también lo dice:

«Mirar que convida el Señor a todos, pues es la misma verdad no hay que dudar, si no fuera general este convite no nos llamaría el Señor a todos, y aunque los llamara no dijera, "Yo os daré de beber". Pudiera decir: "Venid todos que, en fin no perdéis nada, y a los que a Mí me pareciere Yo los daré de beber". Mas como dijo sin esta condición, a todos, tengo por cierto que a todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva. Denos el Señor que la promete, gracias para buscarla como se ha de buscar por quien su Majestad es» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 19,15).

Es necesario, casi urgente, llamar a las cosas por su nombre, y afrontar esto que es necesario y esencial para un cristiano, porque corremos el riesgo de hablar de cosas de menos importancia, y perder tiempo, el que Dios nos da para ser santos. «*Ya es hora de despertar del sueño. La noche va muy*

¹Carta Apostólica «Novo Millennio ineunte» n. 31.

² Concilio Vaticano II. LG. no 39.



avanzada y se acerca el día. Dejemos a un lado las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz» (Rom 13,11-12). El Señor se quejó a la Santa de los pocos que se lo toman en serio.

«Díjome: "¡Ay, hija, qué pocos me aman de verdad! que si me amasen, no les encubriría Yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí"» (Vida 40,1).

Los secretos de los que nos habla este texto del Libro de la Vida, son los secretos de la vida espiritual, que son tan poco conocidos, que nos hacen pensar que son solo para almas privilegiadas, y no es así. Si la santidad es rara, si los santos son muy pocos relativamente a los que podrían ser, es porque la mayor parte de los cristianos no tiene de la santidad un conocimiento exacto: viendo que no se tiene fuerzas, ni se puede hacer lo que han hecho los santos, les parece que ellos no pueden llegar a serlo. No reflexionamos en que lo que los ha santificado no han sido sus obras, sino el amor con que las ejecutaron, aunque hayan sido en las tareas más ordinarias. Los santos piensan en amar y en hacerlo todo con amor y por amor, es decir, en convertir todas tus obras en amor. Trabaja con amor y ofrécelo todo con amor.

«En fin, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y cómo hagamos. lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida y quizá será más poco de lo que cada una piensa interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras» (7Moradas 4,15).

[...] La mayor parte de las personas buenas, también sacerdotes y religiosos, corremos el riesgo de pararnos en lo accesorio, en lo accidental de la santidad más que en lo esencial, que es esta unión de las almas con Dios. Santo es el que ama a Dios y se abandona a sus planes y le puede decir en cada momento: «Señor, soy tuyo, aquí estoy para hacer tu voluntad». Da pena ver que haya tanta dificultad en convencerse de esta verdad, que bien entendida, simplifica y hace más fácil el trabajo de la santificación. Es lo mejor para nosotros, como dice Benedicto XVI: «Lo que Dios desea más de cada uno de vosotros es que seáis santos. Él os ama mucho más de lo que jamás podríais imaginar y quiere lo mejor para vosotros. Y, sin duda, lo mejor para vosotros es que crezcáis en santidad»³. Cada paso hacia la santidad es un paso más en el sacrificio de cumplir con el deber de cada día. No siempre tendemos con facilidad a ello. Y Dios lo quiere, dice la Santa.

«¡Qué diferente es la inclinación de nuestra voluntad a lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere que queramos la verdad, y nosotros queremos la mentira; quiere que queramos lo eterno, y en el mundo nos inclinamos a lo que se acaba; quiere que queramos cosas grandes y elevadas, y aquí queremos las caducas y las de la tierra; querría que quisiéramos lo seguro y aquí amamos lo engañoso» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 42,4).

³ BENEDICTO XVI, Discurso a jóvenes católicos, Londres, 17-IX-2010.



También lo dice el Hermano Rafael: «Con Jesús a mi lado, nada me parece difícil, y el camino de la santidad cada vez lo veo más sencillo. Más bien me parece que consiste en ir quitando cosas, que en ponerlas. Más bien se va reduciendo a sencillez, que complicando con cosas nuevas. Y a medida que nos vamos desprendiendo de tanto amor desordenado a las criaturas y a nosotros mismos, me parece a mí que nos vamos acercando más y más al único amor, al único deseo, al único anhelo de esta vida a la verdadera santidad que es Dios. ¡Qué bueno es Dios que me va enseñando todo esto! ¡Qué bueno es Dios para conmigo! ¿Corresponderé cómo debo? Señor, no mires mis hechos, ni mis palabras, mira mi intención y cuando ésta no vaya bien encaminada a Ti, enderézala. No permitas, Señor mío, que yo sea desagradecido o pierda el tiempo»⁴.

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

⁴ HERMANO RAFAEL, o.c., p. 807.